



MONTE-TORO

REVISTA MARIANA MENSUAL

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Relación y Administración: José M.^a Quadrado, 40. = 5 Cént. número

AÑO IV * *

CIUDADELA Y ENERO DE 1915.

* NÚM. 38.

SUMARIO:

«En el cuarto año...» por la Redacción, página 1.

Necrología: D.^a Rosa Villalonga Mascaró, página 2.

Sección doctrinal: «Títulos de la Santísima Virgen»: I Santa María, por un Menorquín, pág. 2.

Sección histórica: «Pregaria per aigua» (continuación) pág. 4.

Sección poética: «A la Virgen del Toro» por G. G., pág. 5.

Sección literaria: «La Virgen del lago» por D. Trinidad Aldrich, pág. 5.—«El obsequio de la Virgen», por Raquel, pág. 7.

EN EL CUARTO AÑO...

AL dar principio a la publicación del *cuarto* año de la revista MONTE-TORO, sus fundadores y redactores, dan gracias primeramente al Señor, de quien procede todo don, por haberles sostenido y conservado hasta la fecha, no obstante las dificultades y los obstáculos que han tenido que vencer.

Dan gracias en segundo lugar a María Santísima, bajo la advocación de Monte-Toro, por haberlos protegido y alentado, con la poderosa influencia de su amor, para seguir constantes en su firme propósito de hacerla conocer y amar entre los menorquines.

Y finalmente las dan también al Revdmo. Prelado de esta diócesis y demás protectores que han contribuido y contribuyen con sus limosnas y recomendaciones al sosten de esta modesta publicación, que no tiene otra finalidad que la gloria de Dios por medio de la exaltación y culto de su divina Madre.

Reciban pues todos ellos y además los suscriptores y lectores de MONTE-TORO, la expresión de nuestro mayor agradecimiento, y las felicitaciones que por ello, de justicia, merecen.

LA REDACCIÓN.



LA Sra. D.^a Rosa Villalonga Mascaró, entregó su alma a Dios el 29 de Diciembre del año que acaba de transcurrir, en Mahón, después de recibidos los santos Sacramentos y confortada con los demás auxilios de nuestra santa Religión. El profundo dolor de sus amantes hijos, solo puede mitigarse con el pensamiento de que, si perdieron una madre ejemplar que era el ángel de su hogar, tienen ahora otro en el Cielo que no dejará de rogar por ellos. Las excelentes y cristianas virtudes que adornaron el alma de la difunta, son só-

lido motivo para tan consoladora y piadosa creencia.

Nos asociamos al dolor de la familia por tan irreparable pérdida, acompañando especialmente en el sentimiento a su hijo Rdo. D. Juan Rossello, Pbro. Director de esta Revista, quien no ha cesado de recibir sinceras pruebas de aprecio de las múltiples relaciones y amistades con que cuenta en esta ciudad, y en su pueblo natal, con motivo de tan sensible pérdida. Pedimos a nuestros lectores una oración en sufragio de la extinta.

El viernes día 15 del corriente, se celebró en la iglesia parroquial de Nta. Sra. del Rosario después de los divinos oficios de la Catedral, solemne Misa de Requien en sufragio de su alma.

SECCIÓN DOCTRINAL

TÍTULOS (1) DE LA VIRGEN SANTISIMA

I. SANTA MARÍA

El primer título que damos a la Santísima Virgen, cuando la invocamos es el de su

nombre propio: *Maria* nombre; que, después del de Jesucristo, forma las delicias de las almas piadosas.

¡Qué cosa más dulce, en verdad, que el nombre de una madre, y de una madre tan tierna como augusta! ¡Una Madre! ¿Hay nada más precioso en la naturaleza, nada que más ensanche el corazón como su presencia, nada que más le conmueva que su recuerdo?

Mas ¡qué admiración, qué alegría debe igualmente inspirarnos el sentido misterioso de este nombre mil veces bendito! El significa a la vez *Soberana*, as-

(1) Comenzamos hoy bajo este epígrafe general, una serie de artículos en que nos proponemos explicar brevemente los títulos, que la Iglesia da a la Virgen en la hermosa letanía Lauretana que le ha consagrado.

tro radiante, reina del mar; y, ¿a qué otra, con más propiedad que a Maria, pueden aplicarse estas tiernas y afectuosas calificaciones? ¡Soberana! ¿no es Ella la que tuvo el honor de dar a luz al Rey de los Reyes y al Señor de los Señores? ¡Astro radiante! ¿no es Maria la que ha dado al mundo al que es la verdadera luz de los hombres, el sol de justicia, cuyo foco divino, sin aurora y sin crepúsculo, sin oriente y sin ocaso, difunda sin cesar la plenitud de sus rayos inextinguibles? ¡Reina del mar! ¿no es Maria aquella cuyos admirables ejemplos, como un faro celestial, dominan sobre todas las olas borrascosas de esta vida y guían hacia el puerto de la bienaventuranza eterna a los que no pierden de vista sus luminosos y benéficos rayos?

Si, sin duda el nombre de Maria fortalece y comula como el de Jesús. «Invocadle, dice San Bernardo, en vuestras tribulaciones y en vuestras angustias; que su dulcísimo nombre no cese de estar en vuestros labios y en vuestro corazón.» «Si el viento de la tentación os agita, dice el mismo Santo Doctor, llamad a Maria en vuestra ayuda. De ella es de quien habló el mismo Dios cuando desde el principio dijo al promovedor del pecado de Adán y Eva estas enérgicas

palabras: *Ella te aplastará la cabeza, y este mismo oráculo resuena y hiere de nuevo como un rayo a Satanás cuantas veces el alma cristiana invoca con favor el dulcísimo nombre de la Santísima Virgen.*

¡Oh Maria! «Bendito sea el Señor, que de tal manera ha glorificado vuestro nombre, que jamás cesaré de salir su alabanza de la boca de los hombres.» Él es hermoso a los ojos de la piedad «como un verde olivo cargado de fruto» es tan apreciable como un vaso de oro que exhala con perfume suave. La piedad lo tiene por tan poderos, que cuando le invoca cree ver huyendo precipitadamente al ángel de las tinieblas, y forzado a tributarle este homenaje: «Terrible es el nombre de la Virgen.»

¡Oh Maria, Virgen de Monte-Toro! que vuestro nombre sagrado nos favorezca y nos auxilie siempre en toda suerte de peligros y necesidades; que sea nuestro escudo de defensa en las luchas contra los formidables enemigos del alma, que los menorquines jamás lo separemos del nombre adorable de vuestro Divino Hijo, y que después del de Jesús, sea vuestro nombre y hermoso título nuestro refugio, el lema de nuestra bandera, nuestra fortaleza y nuestro consuelo.

UN MENORQUIN.



SECCIÓ HISTÓRICA

PREGARIES PER AIGÜ

Relació individual de las plegarias que se feren en la Isla de Menorca lo any 1817 per motiu de una gran falta de aigua.

(Continuación)

Este Pare no deixar medi algun, per sabre si era, que la precisa circumstancia del tems li permaté per preperarse á esta tant distinguida visita, la Figura de S. Francesch qui se veye sobre lo altar major, el compatent nombre de ciris qui adornave lo altar, sis miñons de roquet y fanals qui surtiren á rebre nostra Sra. y qui no la dexaren fins á la Parroquia; y el matex P. Guardiá que nos rabe en la porta de la Iglesia donant al Rector aigua beneita, y acompanyantlo fins a son regres. Que contento! que memorable no será per los I P. este dia! En esta Iglesia despues de haver insinuat el Guardiá que los seus cantors preintonarian ab los nostres la propia antifona de S. Fransech y estos respost que estaban molt content que ell matexos la cantasen, se efectuá en lo Presbiteri, y el Sr. Rector digué la oració propia. De aquí se dirigi la procesó a la Iglesia de las Religiosas de la Concepció, cantansø en ella la acostumade antifona, y oració; y per ultim en la Iglesia Parroquial se conclugué la llatania repetint tres vegades antes del *Agnus Dei*.—*Mater Divine gratiae* y entonant el *ora pro nobis Sta. Dei Genitrix*, el Preste digué lo *omnipotens sempiterna Deus*, collocant esta divina Sra. devant el sacrari y bax de pebelló, quedant axi a la publica veneració dels faels. En este

matex temps en Alayor dia 7 se feu una devota Procesó ab la figura de Ntra. Sra. de Roser, en la qual asistiren los Religiosos, Jurats y Gremis. En esta funció (a fi que tots los assistens obtengue en el profit que en estas procesons se espera) se dispongué que dos sacerdots entra los homens, y altres dos entra las donas resasen ab tota devoció y veu alta el Rosari, mentres que el Clero cantava la lletania Lauretana: de manera que fesen sincors separats. Y entrant en la Parroquia cantaren el Salm, y oracions *pro pluvia*, y en los tres dias sigüents en la tarde se resava el Rosari y se acabava ab un sermó moral relatiu al tems. Apesar de totas estas suplicas y plegarias, veien el Cel insensible, y qui, ni llagrimas, ni sospirs eran capaces de ferlos obrir, ni dexar caurer sobre la terra la tant dexitjada pluja. Menorca, qual seria la tal consternació! los teus caigs humiliats, la asistencia a las funcions publicas que la Religió te presenta, manifestaren, cual era la teva situació. No obstant, Mahó, con los demes pobles procuraren a demostrarse obsquiosos y manifestaren la gran confianza que tenian a Maria Sma. de Gracia. El dia 27 de Abril despues de haver tocat las vespres a las duas, y acabadas que foren: qual nra del Nou Testament N. Sra. de Gracia posada sobre el mateix tabernacle, aportada y acompanyada per los matexos del Gremi dels Teixé lors, fonch conduida ab procesó en la Iglesia S. Antoni y de N. Sra. del Carme, ordenantse de esta manera, al devant anaven las llanternas, estandarts y atxas dels Gremis, següent despues de estas alguns sachs, e immediatament los Religiosos.

(Continuará)

SECCIÓN POÉTICA

A LA VIRGEN DEL TORO

¡Sin semejanza es bella
de una tarde de Abril la postrer hora!
despiértase la estrella,
triste el céfiro llora,
y postrado el cristiano a Dios adora.

Pero, hay dicha mas tierna
que esas horas de plácido consuelo:
la sonrisa materna



SECCIÓN LITERARIA

LA VIRGEN DEL LAGO

(A MI PRIMA MARÍA DE LA PIEDAD PEDRALS)

Buscaba lirios para tu canastilla
de bodas y sólo he encontrado esta
florecita del campo: acéptala, por-
que es modesta e insignificante co-
mo yo, sencilla y pura como tú.

QUÉ hermosa era aquella Vir-
gen de mármol blanco,
tan blanco como la nieve que
cubre la cima de los Alpes, tan
blanco como un celaje bañado
por la soñadora luz de la luna!
Tenía su altar en una pintoresca
roca, toda cubierta de jazmines,
que al llegar el verano, cubrían
de estrellas blancas y perfuma-
das el poético Trono de la Perla
del edén: tenía por alfombra las
azuladas aguas del lago, casi es-
condidas en su orilla bajo las an-
chas hojas y las pálidas flores de
los menúfares, y algunos cisnes
de resplandeciente plumaje se

que a tus hijos del suelo,
Señora, nos envias desde el cielo.

¡Ay! en esa sonrisa
ve el menorquin su estrella salvadora;
y halla templada brisa
la sed abrasadora
del celestial eden, que le devora.

Oye, Virgen del Toro
mi ruego, y brille dede esta altura
de tu sonrisa el oro
cual iris de dulzura
que nos llene a Menorca de ventura.

G. G.



deslizaban sobre las tranquilas
ondas: parecían los cortesanos
inmaculados de la Inmaculada
Emperatriz del cielo.

La pequeña Angélica, la única
y encantadora hija de la marque-
sa de V... pasaba la mayor par-
te del día en aquel sitio embele-
sador. La joven madre, dotada
de un corazón poético y profun-
damente religioso, le había en-
señado a amar a la Virgen como
se ama a la suave estrella de la
mañana, como se ama a los bri-
llantes ensueños de la Gloria:
ella le había hecho comprender
el misterioso lenguaje de las flo-
res, y le había inspirado un pro-
fundo cariño por aquellos cisnes
de alas blancas como la espuma
de una cascada, que no sabían
apartarse de la sombra del inma-
culado Lirio de los valles. Y la
niña iba creciendo, hermosa y
tierra como un ángel. La mirada
era azul y profunda como el cie-
lo de una tarde de primavera,
su alma parecía formada de la
blancura de los cisnes y del res-

plandor de las miradas de la Virgen...

... Pero vino un día en que la pobre Angélica, llevando luto en el vestido y más aún en el corazón, fué a postrarse sobre la roca cubierta de flores, para dar, sollozando, su último adiós a la Virgen del lago. La joven marquesa había muerto, y ella, la graciosa y pequeña hada de aquellos jardines, tenía que abandonarlos para ir a la ciudad y vivir con sus tíos, mejor dicho, con su tía, una gran dama elegantísima y caprichosa, entregada por completo al mundo. El marido viajaba eternamente por las Indias o Dios sabe dónde.

... Al lado de aquella mujer frívola y coqueta, entre los resplandores engañosos de una vida consagrada enteramente a la vanidad, Angélica sintió que su amor a la Virgen disminuía, que la claridad del cielo se apagaba en su pensamiento, que el ángel de pureza y virtud se convertía en la mariposa que sólo vive para jugar, y que se posa sobre todas las flores de la tierra, sin saber siquiera que existen las flores del edén.

Rezaba, pero su oración distraída no vivificaba su corazón y sus palabras se perdían entre un tropel de recuerdos deliciosos; aquellas galas que daban a su figura ideal la gracia y la vaguedad de una sílfida; aquella hermosura que la convertía en reina de los salones; aquellas lisonjas que la ruborizaban de placer; aquellas palabras que hacían es-

tremecer su corazón... No obstante, como los cisnes del lago, el alma de la joven había conservado su inmaculada blancura. Pero un día, una voz engañadora despertó en su corazón sentimientos que ella nunca había sospechado, y la nube siniestra de la tentación la envolvió toda como un velo abrasador. Y entonces fué cuando, como si la niebla que cubría su mente y su corazón se hubiese desgarrado de pronto, la joven creyó ver allí, delante de sus ojos, a la Virgen que tanto amaba en su infancia, aquella que tenía un dosel de jazmines y cuyo altar de rocas besaban los nenúfares del lago; y también vió a los blancos cisnes que, según le decían cuando era pequeña, eran amados de la Virgen porque eran tan puros, porque tenían las alas tan blancas como los rayos de la luna, como la túnica de los Angeles... Y la tentación huyó; y la nube de fuego fué disipada por aquella ráfaga de la brisa del edén...

Un año después, Angélica volvió al castillo de sus padres. Iba del brazo del compañero que había dado Dios a su vida, del mismo que le hubiera escogido su madre, y que debía ser y sería en adelante su ángel guardián.

Llegaron por la noche, y a la mañana siguiente, cuando los pájaros saludaban el alba, acudieron a la orilla del lago. Los cisnes se mecían graciosamente sobre las ondas azuladas, las flores del jazmin se entreabrían, como estrellitas de nieve, entre el fresco dosel de la Virgen; los ne-

núfanes se inclinaban hacia las rocas que formaban un poético altar. Entonces Angelica, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad y amor se acercó a su divina

Protectora y puso una diadema de oro sobre su frente y una guirnalda de blancas flores a sus pies: era su corona de desposada.

TRINIDAD ALDRICH.



EL OBSEQUIO DE LA VIRGEN

«Tened fe como un grano solamente
Y de su asiento moveréis los montes.»

AQUELLA tarde estaba profundamente afligida... no tenía recursos de ninguna clase; había gastado la última moneda de plata que le quedaba de la módica pensión que disfrutaba desde el fallecimiento de su esposo, y sólo tenía una peseta en céntimos que reservaba para obsequiar a la Virgen de Gracia con un cirio que en su mudo lenguaje le dijese todo lo que ella no hubiera podido decirle con largos discursos...

¡Pobre Serafina! Tenía dos hijos: una niña rubia y gentil llena de encantos y seducciones, y un muchacho simpático, inteligente, aplicado, que estudiaba a costa de mil sacrificios de la pobre madre, esperando que al concluir su carrera le podría ser útil...

Al enviudar, joven y hermosa todavía, se consagró por completo a sus hijos, y aprovechando los conocimientos que su brillante educación y vastísima instrucción le proporcionaban, les atendió perfectamente en todas sus necesidades. Daba clases de dibujo, de pintura, de bordado ar-

tístico, de idiomas; pintaba deliciosas acuarelas, cuadritos llenos de vida y de luz... más de una vez obtuvo premios en distintas exposiciones, y siempre esclava del trabajo y del deber, a nadie molestó con una petición... Dios le daba salud; Dios la ayudaba bendiciendo sus esfuerzos, y ella se abría camino entre las malezas y las espinas... ¡Es tan mal retribuido el trabajo de la mujer!...

Muchas veces se encontró en situación apuradísima... sin un real, sin saber de dónde sacarlo, sin esperanzas en lo humano... pero era tan ardiente y robusta su fe, era tan varonil su virtud, que se crecía ante las dificultades... ella sabía que el Señor alimenta a los pajarillos y viste de ricas galas las florecillas del valle, y confiaba que no la abandonaría mientras lo esperase todo de El...

Serafina tenía esa confianza que hace violencia al Corazón de Cristo; y en todos sus apurós, en todas sus dificultades en todas sus penas, acudía a El con una oración sin palabras que tiene tanta fuerza, que como ardiente llama sube a lo alto, y desciende a la tierra convertida en raudal de gracias.

Por eso aquella tarde su cora-

zón afligido se refugiaba en Dios y ponía por intercesora a su bendita Madre pidiéndole el pan cotidiano... y esperaba contra toda esperanza... ¿quién ha sido jamás desoído por la Reina de las reinas, por la misericordiosa Virgen María?

Encaminábase a la capilla donde a diario la visitaba, y en un portal vió una cesta llena de riquísimas frutas, y se detuvo a contemplarlas... ¡qué frescas, qué olorosas, qué ricas estaban al parecer!... ¡qué sabor tan delicado tendrían! ¡y con cuánto gusto hubiese adquirido una para su hija, tan apasionada a ellas!...

Los racimos de oro de las uvas, los aterciopelados melocotones, las peras amarillentas la tentaban... estuvo a punto de comprar algunas, pero recordó que era sábado, que no tenía más dinero que el preciso para comprar un cirio que poner a los pies de María llena de gracia, y siguió su camino sin vacilar. Llegó a la capillita, encendió un cirio, rezó con fervor, con toda el alma, dejó ante el altar el pesado fardo de sus trabajos, de sus inquietudes, de sus angustias, y regresó a su casa, no sin dirigir una mirada a las tentadoras frutas que volvía a hallar a su paso...

Acababa de entrar en su casa y se disponía a servir la modestísima cena, cuando llamaron a la puerta, y se presentó una criada con una bandeja llena de riquísimas uvas, de perfumados melocotones, de sabrosos higos: eran obsequio de una discípula a quien daba lecciones de pintura... y cuando se retiraba la sirvienta, apareció un hombre cargado con dos grandes cestos...

Serafina, turbada, comenzó a quitar las hojas de higuera que cubrían el contenido... ¡qué espectáculo se ofreció a su vista! peras, melocotones, higos, uvas de varias clases... venían del campo, enviadas por una amiga que veraneaba en su torre...

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Serafina; «¡gracias, Madre mía; gracias, Virgen Santísima!» exclamó con ferviente gratitud... «¡lo recibo todo como obsequio tuyo en recompensa del mío!» (1)

Nadie comprendió estas palabras, pero los Angeles del cielo las escucharon regocijados... y la pobre viuda se afirmó más en su ardiente confianza y en su robusta fe cristiana.

RAQUEL.

Matilde T. de Oíz.

(1) Histórico.

